

“MI PADRE, QUE ES EL PADRE DE USTEDES, MI DIOS QUE ES SU DIOS” (Jn 20,17)

Pedro Trigo, sj

Lo que sigue son apenas unas reflexiones preliminares sobre un tema inabarcable y entrañable, puesto sobre el tapete venturosamente por el papa Juan Pablo II.

I EL PADRE DE JESUS Y EL PATRIARCA DE LOS PATRIARCAS: UN DESLINDE IMPOSTERGABLE

Para hablar sobre Dios como Padre me parece sano comenzar subrayando el carácter fuertemente proyectivo que tienen la religión y la teología, y asentando por tanto que para decir algo realmente significativo es preciso comenzar decantándolo de lo que es mera expresión cultural proyectada a lo absoluto.

El patriarcalismo en la Biblia y en la historia del cristianismo

Toda la Biblia y prácticamente toda la historia de la Iglesia se han plasmado dentro de culturas patriarcales. Esto es tan evidente que no es necesario demostrarlo. Baste repasar algunos hitos significativos para recordarlo. En el relato yahvista de la creación del ser humano Dios moldea primero al varón, y a la mujer la trabaja a partir del varón (Gn 2,7.18.21-23). La señal de la alianza con Abraham, la circuncisión, que pasará a convertirse

en la contraseña del judaísmo, expresa la orientación restrictiva de la alianza (Gn 17,10-14; Ex 12,44; Lv 12,3; Jos 5,1-8). Por eso en la formulación de la ley de la alianza el destinatario expreso y directo es el varón (Ex 20,17; Lv 19,20.27.29; Dt 5,21). La bendición de la mujer no tiene que ver con su persona sino con el hecho de engendrar hijos varones; así aparece ya desde Sara (Gn 17,16) y aun antes en Eva, que al dar a luz pasa de ser sierva de su esposo a madre de su hijo (Gn 4,1). Es significativo que sólo aparezca engendrando hijos varones (Gn 4,2.25). De Adán se dice que tuvo hijos e hijas como expresión de su condición de patriarca (Gn 5,4).

Todavía Pablo, haciéndose eco del judaísmo de su época, insiste para argumentar el privilegio del varón en las asambleas, que el varón es imagen de Dios en tanto la mujer lo es del varón, y que la mujer fue creada para el varón y no al contrario (1 Cor 11,3.7-10;14,34-35; 1 Tim 2,11-15). De ahí concluye también la sumisión de la mujer al marido en el matrimonio (Ef 5,22-24; Col 3,18). La misma correlación de los sexos aparece en la primera de Pedro (3,1-7).

Es el mismo modo de argumentar que esgrime León XIII a fines del siglo XIX: “La potestad del paterfamilias tiene expresa cierta efigie y forma de la autoridad que hay en Dios, de quien trae su nombre toda paternidad en los cielos y en la tierra” (*Diuturnum illud* 7). Por eso “la autoridad del marido se ajusta como a dechado con la de Dios” (*Inmortale Dei* 15). Ese mismo modo de razonar lo aplica a la autoridades políticas. De ahí deduce que su modo de gobernar no debe ser despótico sino “en cierta manera paternal, porque el orden justísimo que Dios tiene sobre los hombres está también unido con su bondad de Padre” (*Inmortale Dei* 2). Por eso los súbditos deberán obedecerlos “a la manera que un hijo piadoso se goza en honrar y obedecer a sus padres” (id).

Concebir a Dios como el Patriarca de los patriarcas, como el Patriarca absoluto es una manera de hacerse ídolos y de idolatrar. La operación consistiría en entender a Dios, a partir de esta jerarquía terrestre, como el Patriarca divino, y relacionarse con él extrapolando el modo de relacionarse con los patriarcas en las respectivas culturas. El efecto de este tipo de religión es la sacralización de la estructura patriarcal, ya que los patriarcas son imágenes y representantes del Patriarca. Claro está que en este esquema se pide a los patriarcas que imiten a su modelo celestial; pero en último término lo que imitan así es a su propio ideal sublimado; y además sólo Dios (el superego cultural de los patriarcas) es el juez de sus actuaciones.

Crisis del patriarcalismo y cambio de paradigma respecto de Dios

Que esto ha ocurrido así es evidente. La prueba más clara de este carácter proyectivo de la relación con Dios es cómo ha cambiado la imagen del Padre y el modo canónico de relacionarse con él al cambiar, sobre todo en la segunda mitad del siglo XX, la representación social del padre en la dirección de una acelerada despatriarcalización.

El temor reverencial y la sumisión eran las expresiones más características de la relación que se postulaba con el Padre Dios porque la honra y la obediencia era lo culturalmente debido a los padres. Actualmente en el occidente desarrollado y su zona de influencia la relación con los padres está en proceso drástico de desjerarquización. Para las generaciones más jóvenes la obediencia o no existe o a lo más ocupa un lugar provisional y secundario en las relaciones con sus padres, y prácticamente los jóvenes no distinguen ya a este respecto entre padre y madre. Ahora lo postulado como relación ideal se centra en el apoyo total dentro de un respeto absoluto por parte de los padres, y en la confianza básica y el tono confianzudo de parte de los hijos. Más aún, en no pocos lugares la relación entre padres e hijos se va relativizando cada vez más; no es ya la relación más densa y permanente sino que ocupa un lugar más secundario. La consecuencia en la relación con Dios es que en el imaginario actual va ganado terreno la dimensión de confianza mientras que se diluyen hasta prácticamente desaparecer las connotaciones en torno al temor y al castigo. Tanto es así que incluso la actitud tan básica de adoración no es fácilmente validable, lo que es perceptible hasta en la postura en la que se está en su presencia: la genuflexión y el permanecer de rodillas, o han caído en desuso o se practican de un modo absolutamente convencional.

La consecuencia más drástica de este proceso cultural es que la palabra padre no contiene ya para muchos un prestigio especial y por eso dice poco cuando se la aplica a Dios. Si Dios sigue entendiéndose como lo más cualitativo y motivador que se pueda concebir, no parece que la calificación de Padre sea apropiada para designarlo. Esta percepción se refleja en los nuevos movimientos religiosos, que conciben a Dios en la onda del dinamismo creador, de la energía de vida, de la fuerza que conjuntamente diferencia y mantiene en comunión, de la libertad que libera y construye... denominaciones que en la teología cristiana denotan al Espíritu. También numerosos escritos de espiritualidad y ensayos teológicos, que intentan responder y evangelizar a la sensibilidad actual, se mueven en torno a estos parámetros y tratan de explorar estos horizontes.

Radicalizando este cambio de paradigma o por mejor decir extremándolo hasta caricaturizarlo, se viene escribiendo desde hace algún tiempo sobre el carácter forzosamente represivo del monoteísmo, que debe ceder a los vientos liberadores del politeísmo. El monarca divino sería el Patriarca celeste que da vida a todo, pero que también lo mediatiza, lo subordina y en fondo lo vacía al crearlo para sí, mientras que el politeísmo permitiría y estimularía un número inagotable de posibilidades humanas.

Tenemos que reconocer, sin embargo, que esta caricaturización conceptual ha sido, si no provocada sí al menos sugerida y propiciada por la caricaturización real de la imagen de Dios. Aun imbuida de patriarcalismo, siempre la Iglesia (las Iglesias cristianas) ha presentado a Dios con rasgos trascendentes y liberadores. Ha habido épocas en las que cristianos bien significativos se han relacionado en espíritu y en verdad con el Dios que se revela, corrigiendo así en la práctica actitudes que nacen de proyectar al cielo la jerarquía terrestre. De un modo o de otro, más o menos, siempre ha sido la Iglesia sacramento del misterio divino. Pero tenemos que reconocer igualmente que no pocos cristianos se han relacionado con un mero ídolo, que por eso no ha dado vida sino esclavitud y pesadumbre; y esto ha ocurrido a veces de manera consuetudinaria e institucionalizada, conformando ambientes que más han velado que revelado el rostro auténtico de Dios.

Propuestas para superar la deformación patriarcal respecto de Dios

Hay quienes piensan que no hay otro modo de contribuir a poner fin al ciclo patriarcal desde el cristianismo que poner en cuarentena el nombre de Padre para referirse a Dios o incluso abandonarlo para siempre. Otros van en la dirección de balancearlo con la denominación complementaria de Madre. Los primeros parten del supuesto de que el patriarcalismo es irredimible. Pienso que en el fondo, aunque no quieran llegar a esa conclusión, darían la razón a quienes postulan el fin del monoteísmo, de raíz netamente patriarcal. Los segundos rechazarían tan sólo su carácter unilateral; y por eso piensan que es posible seguir utilizándolo, enriqueciéndolo con los armónicos en torno al arquetipo de Madre.

Yo creo que esta postura es válida, pero le falta trascendencia. En el fondo, sin rehuir los aportes de los arquetipos de Padre y Madre, habría que avanzar más bien en la dirección de trascendentalizar la expresión Padre, deslastrándola de cualquier referencia al sexo, al poder social del varón y a la violencia que conlleva su dominio, y comprendiéndola en el sentido genérico

de engendrador de vida semejante a la suya, una acepción que conviene tanto al padre como a la madre, pero que supera esa diferencia al perder la relación al sexo. De todos modos habría que tener cuidado de no introducir subrepticamente connotaciones que repongan a modo de resonancias lo expresamente negado, es decir que tengan que ver de una manera restringida con características exclusivas de varones o que presupongan la figura del varón.

Habría que evitar también que la trascendentalización equivalga a mera abstracción, ya que entonces la figura resultante, a causa de su carácter vaporoso, no sería soporte suficientemente denso de una relación, de una entrega, de una religación. En definitiva la pregunta es si la trascendentalización es una mera operación constructiva o es una salvaguarda para expresar puramente lo revelado, lo recibido.

Principios para una propuesta superadora: encarnación, analogía, narración

Claro está que la intención de fondo es atenerse a lo recibido. El problema estriba en que la revelación cristiana está toda ella en lenguaje humano porque acontece como encarnación, como humanización. Y en Jesús Dios se nos da humanamente. El que la humanidad de Jesús sea la del Hijo de Dios no puede ser entendido como una composición, al modo del centauro. Sabemos que Jesús es Hijo de Dios porque una humanidad tan plena y cabal como la suya es realmente trascendente: sólo puede ser la del Hijo de Dios.

Así pues la revelación de Dios que acontece en Jesús acontece humanamente. Eso no significa que los conceptos claves que utiliza Jesús haya que entenderlos meramente como se entendían en su entorno y aplicarlos a Dios. Pero tampoco que sean conceptos equívocos. En ninguno de los dos casos se daría revelación: en el primero Dios habría sido inmanentizado; en el segundo no se habría revelado.

Al referir a Dios la palabra Padre estamos connotando siempre a una determinada figura, tanto la del padre concreto del que habla como la del arquetipo de su cultura; también expresamos una noción, bastante marcada por cada cultura, pero en cierto modo transcultural; y más en el fondo nombramos un símbolo. De todos modos al referirlo a Dios, el uso es analógico: Dios es un Padre, pero no sólo sin los defectos de los padres que conocemos y potenciando al máximo todas sus potencialidades sino entendiendo que estas

características se dan en él de una manera completamente distinta a como se dan en los padres terrenos; pero de tal modo que no conocemos en verdad lo que es ser padre sino cuando él se nos da a conocer como tal. Así los padres (padres y madres) lo serían en verdad en tanto asuman ese talante del Padre divino. Pero como Dios es Padre de un modo radicalmente distinto a como lo son los padres y madres humanos, no sólo ellos sino todos los seres humanos estamos llamados a ser como el Padre, sin que nadie en concreto lo represente frente a los demás. De este modo si Dios es Padre, nadie en la tierra lo es propiamente hablando. Confesar a Dios como Padre entraña el compromiso de superar el patriarcalismo y la promesa de que así acontecerá en efecto.

Pero llamar a Dios Padre no sólo exige entrar en el terreno de la analogía (en el que confesamos que lo desemejante es mucho más que lo semejante, y que él, y no los padres humanos, es el término original de referencia) sino que lleva a privilegiar la narración sobre la conceptualización. En efecto para nosotros los cristianos es Jesús quien nos ha enseñado que Dios es Padre y cómo lo es y cómo podemos ser llamados en verdad sus hijos y vivir como tales.

Es cierto que al menos los indoeuropeos, antes que los hebreos, conocían a un Dios Padre (la equivalencia de su denominación llevó casualmente a la sospecha de la existencia de una protolengua común, de un tronco lingüístico indoeuropeo), Padre de los dioses y de los hombres, como se decía de Zeus. Esta denominación aludía a una figura que personificaba lo superior, de lo que procede todo poder, una potencia incontrastable y aun celosa de su predominio, pero que comunica vida e incluso que se entrega. Existía, pues, antes de Jesús y no sólo en su cultura y religión la denominación de Padre referida a Dios. De este modo él, al referirse a Dios así, está aludiendo a una significación compartida. Pero si se refiere a algo conocido, también es verdad que modifica la significación, y que es más lo que la modifica que lo que la confirma. Y sin embargo, incluso al modificarla la confirma en el fondo. Por eso su comunicación acerca del Padre puede ser captada como buena nueva. Aunque, buena nueva pasando por la paradoja y bordeando el paralogismo, es decir entrando en el misterio. Con esto estamos insistiendo en que sólo la narración recibida con fe nos puede llevar a comprender desde dentro de un modo verdadero, aunque incipiente y seguramente deformado, lo que significa que Dios es Padre.

Por eso vamos a referirnos a la revelación que Jesús nos hace de Dios como Padre, enmarcándola en el judaísmo, que es su suelo cultural y religioso.

II AL HACERSE JESUS NUESTRO HERMANO, SU PADRE ES PADRE NUESTRO

Una primera acotación acerca del tema será la constatación de la parquedad con que el AT denomina Padre a su Dios (unas once veces) y la abundancia de este apelativo en el NT (alrededor de ciento setenta menciones). Este contraste, lejos de ser casual y carente de significado, nos da la clave para comprender el sentido de la novedad neotestamentaria, que consiste en que Jesús llamó a Dios su Padre y sus discípulos comprendieron que él era el Hijo de Dios; de tal manera que la salvación que Jesús nos consiguió puede ser descrita diciendo que nos reveló a Dios como Padre, que nos reveló el amor del Padre hacia nosotros que consiste en hacernos verdaderos hijos suyos.

Elección y filiación

Los profetas hablan de Israel como hijo de Yahvé porque él lo hizo pueblo sacándolo de la esclavitud de Egipto (Os 11,1; Jr 3,4.19; Ml 2,10; Sal 68,6), devolviéndolo del destierro (Jr 31,9), rescatándolo (Is 63,16) y recreándolo (Is 64,7). Los libros intertestamentarios hablan del justo como hijo de Dios y de que él le tiene a Dios como Padre por la alianza, centrada en la ley y afirmada personalmente en medio del paganismo e incluso de la persecución (Sab 2,16). Los salmos reales se refieren al rey como hijo de Dios por virtud de la entronización (2,7;89,27; 2 Sam 7,14=1 Cro 17,13).

Se atribuye a Dios la cualidad de Padre y a Israel o al rey o al fiel la condición de hijo por una iniciativa de Dios que entabla una relación tan profunda con ellos que les da un nuevo ser: el de pertenecer a él, así como él les pertenece. Esa relación es fuente de vida. Para relacionarse así con ellos los saca de la esclavitud y del destierro, los rescata del abatimiento y les da la ley de la libertad, que es la llave de la humanidad. Por eso Dios, que otorga esta relación gratuitamente, puede ser llamado su Padre en cuanto que crea una implicación mutua, una familiaridad, que es también un modo de vivir en el que Dios salva y protege y propicia una relación en justicia, misericordia y fidelidad.

Dios es Padre de Jesús

Para nosotros los cristianos Dios tiene un solo Hijo que es Jesús. Así se

revela en el bautismo (Mc 1,11;9,7; cf Jn 1,18). Por tanto Dios es Padre de Jesús. De los demás es creador, salvador, socio y aliado, amigo y siempre Señor.

Es Jesús el que, haciéndose hermano nuestro, nos hace hijos de Dios. Somos hijos en el Hijo. Para decirlo simbólicamente, en el bautismo Jesús nos lleva en su corazón y por eso puede pedir perdón, como Hermano, en nombre nuestro. Si nos aceptamos donde Jesús nos lleva, ahí oiremos la palabra del Padre proclamando Hijo a Jesús, la oiremos dirigida a nosotros también, que formamos con él una sola persona de plural, un solo cuerpo. En cuanto que nos aceptemos en el corazón de Jesús, hagamos lo que hagamos, seremos hijos en el Hijo, porque, hagamos lo que hagamos, él no nos va a echar fuera.

De esta manera son hijos de Dios en principio todos los seres humanos, pues a todos lleva Jesús en su corazón. Claro está que yo puedo rechazar vivir de su amor. En ese sentido es verdad que “el que te creó sin ti no te salvará sin ti”. El amor no se impone sino que respeta absolutamente la libertad de quienes ama. Por eso es posible la condenación. Pero mientras vivamos, todos vivimos en el corazón de Jesús y en ese sentido somos hijos de Dios en Jesús. Para serlo en nosotros mismos tenemos que dejarnos llevar por el Espíritu del Hijo que Dios ha derramado en nuestros corazones (Rm 8,14;5,5).

De todo esto se concluye que, hablando en sentido estricto, Dios es Padre de Jesús. Él es el que puede llamarlo así con toda propiedad y sabiendo lo que dice. Por eso para saber qué encierra esa expresión Padre al atribuirle a Dios tenemos que referirnos a lo que dice Jesús cuando llama a Dios Padre. Pero ¿tenemos acceso a esta vía? Relativamente sí.

Se discute mucho sobre la conciencia de Jesús y en concreto sobre su conciencia de Hijo. Es cierto que el apelativo Abba es jesuánico (Mc 14,36;Rm 8,15; Gal 4,6); y que no es en su boca una expresión casual o intercambiable sino la que expresa más cabalmente su relación con Dios, la que define propiamente los términos de la relación.

¿Qué dice entonces Jesús cuando llama a Dios Abba? No es posible un acceso científico, es decir objetual a la densidad de ese significado. Pero no está completamente vedado ese acceso desde el momento en que él se ha hecho nuestro Hermano y nos lleva en su corazón. Pero es que además no sólo nos ha puesto él en ese lugar privilegiado en el que participamos de esa relación sino que ha derramado con el Padre al Espíritu en nuestros corazones para que podamos conocer a Dios por dentro (1 Cor 2,10-12).

¿Qué dice Jesús cuando llama a Dios Padre?

La expresión Padre, referida a Dios y puesta en boca de Jesús, denota ante todo accesibilidad, es decir un trato no externo sino interno, como formando parte de un mismo conjunto. Un matiz de esta implicación, de esta intimidad es la confianza, una confianza sin límites, en la que él puede descansar, en la que se puede apoyar, a la que puede acudir. Este conjunto de significados estaría cabalmente expresado en un texto de Lucas que es una de las ventanas más adecuadas que aparecen en los evangelios para asomarnos a la percepción que Jesús tiene de Dios ya que en él Jesús pone en boca del Padre lo que él ha escuchado internamente como dicho por Dios a él desde siempre y cada día más claro. Dice así: "Hijo mío, tú siempre estás conmigo y todo lo mío es tuyo" (Lc 15,31). Será un texto que glosará incesantemente el evangelio de Juan (3,35;5,19-21.26;10,30). Esta accesibilidad de Jesús al Padre se basa en la completa donación del Padre a Jesús (Lc 10,22), aunque también se realiza en la entrega total de Jesús a realizar el designio del Padre (Jn 8,29).

Desde una cristología ascendente aparece en primer término esa disponibilidad de Jesús. Pero Jesús no dice después de cumplir su misión: "soy un siervo inútil y sin provecho, no he hecho más que cumplir lo que debía" (Lc 17,10). Tampoco puede decir como María: "Aquí está el esclavo del Señor, hágase en mí según tu palabra" (Lc 1,38). No. Jesús hace lo que le agrada al Padre por su conciencia filial, completamente desde dentro. Por eso no habla ni cura en nombre de Dios sino que lo hace directamente, usando el yo. Este yo, con el que llega a contraponerse al propio Moisés que promulga la ley en nombre de Dios (Mt 5,21-44), no es un yo absolutizado sino un yo absolutamente referido a Dios; pero referido desde él mismo, desde dentro. Es el yo del Hijo. Por eso, incluso desde una cristología ascendente no se puede decir que en los evangelios aparezca un proceso por el que Jesús, cumpliendo el designio del Padre, se vaya configurando como Hijo, ni en el sentido de que el Padre lo vaya adoptando como tal, complacido por su fidelidad, ni menos en el sentido de que sean las obras las que le vayan ganando el título de Hijo. Las obras muestran quién es Jesús, no hacen que Jesús llegue a ser el que no era. Naturalmente que existe un proceso, pero es interior a la propia relación de confianza. Esa relación y las obras consiguientes van haciéndole crecer a Jesús como Hijo, pero en el sentido de que es el Hijo el que crece. Cuando el Jesús joánico dice "el Padre y yo somos una sola cosa", los judíos interpretan que se hace Dios. Pero Jesús explica la expresión en el sentido de que "soy el Hijo de Dios". Para Jesús la unidad es la mutua implicación absoluta que se da

en la relación de Padre e Hijo. Y según él esta implicación se muestra en las obras (Jn 10,30-38).

Dios es Padre porque le da a Jesús de su propia vida; pero, correspondientemente, también el Hijo le hace a Dios ser Padre recibiendo el ser de él. Así pues la relación es recíproca, aunque el Padre es el originante y el hijo el originado. Pero si a Dios le compete de modo absoluto ser Padre, es decir comunicar de una manera total su propia vida, correspondientemente también es propio de Dios la condición de Hijo, o sea poseer el ser divino como recibido del Padre. De este modo esta relación entre Dios y Jesús, siendo como es histórica, no se comprende cabalmente, si no está sustentada por una relación eterna.

El Padre de Jesús sigue siendo su Dios

Sin embargo, para Jesús la relación con Dios como Hijo, en este sentido absolutamente único, es decir esta cercanía y pertenencia totales, no anula el que ese Padre siga siendo para él Dios. Así pues, ese Dios es para él Padre y ese Padre es también Dios. La cercanía se da en el misterio, la pertenencia acontece en la libertad absoluta que es Dios. No es que el misterio relativice la pertenencia sino que la coloca en una dimensión insondable; sigue dándose la confianza absoluta, pero en la fe, que resiste a la tentación de la comprobación compulsiva y que se abre de un modo total a la libertad de Dios.

El que la confianza se realice en la libertad mutua aparece paradigmáticamente en el asunto de las fechas de la llegada del Reino. Según Marcos, Jesús viene con la misión de proclamar que el Reino se está acercando (1,15). Esa proclamación es interior al Reino: con el ministerio, con la presencia de Jesús ya empieza a hacerse presente. Sin embargo justo antes de la pasión declara que él no sabe nada respecto del día o la hora (13,32). Surgirá la pregunta de por qué no se lo pregunta a su Padre, siendo como es su Hijo; pero la verdad es que Jesús le deja a Dios ser Dios. Ese respeto al misterio es una expresión de su confianza filial. Como es Hijo, no tiene la menor intención de tentar a Dios (Mt 4,7). Pero es en la pasión, tal como la relata Marcos, donde se revela de un modo absoluto Dios como misterio para Jesús y precisamente en esa coyuntura se consuma como Hijo. En el huerto aparece una voluntad de Jesús distinta de la de su Padre; pero al preferir la voluntad del Padre a la suya se revela Jesús como Hijo. El que esta preferencia le cueste lágrimas y agonía evidencia la condición de misterio que su Padre tiene para Jesús. Este misterio llegará al máximo cuando en la hora suprema Jesús sienta su abandono. Pero

al arrojarle en sus manos impalpables sella su filiación. Así pues Jesús se consume como Hijo al experimentar a su Padre como misterio absoluto.

Por tanto, si Jesús es la puerta de acceso a Dios como Padre, esto significa que, cristianamente hablando, son inseparables los conceptos de Padre y de Misterio. Si se omite la dimensión de misterio, la noción de Padre se torna intrascendente, la relación con Dios se trivializa y cae dentro de los parámetros meramente culturales. Pero si el misterio no es el del Padre, Dios pasa a ser definido por el poder y su libertad se entiende como arbitrariedad. Sólo un Dios que es Padre y Misterio es digno de fe.

Jesús se ha consumado como hijo al consumarse como hermano. Así nos reveló el amor que Dios nos tiene

El que en la pasión se consume como Hijo es el que también en ella se ha consumado como nuestro hermano. Eso es lo que significa la petición de perdón por sus asesinos, que Lucas pone en boca de Jesús en cruz. El que en el bautismo se había confundido con los pecadores porque realmente cargaba con nuestros pecados, en el trance supremo acaba contado entre los malhechores y malditos (2 Cor 5,21). Lo han puesto ahí contra toda justicia. El que muera en esa tortura infame da la medida del pecado de los dirigentes religiosos y políticos. Pero el que él ofrezca su muerte por sus asesinos y por todos nosotros expresa el misterio de su amor solidario, que supera el misterio del mal que lo aplasta. Así pues, es nuestro hermano el que se consume como Hijo de Dios. El que al vencer al odio, al rechazo, a la traición, a la negación y al abandono nos muestra todo su amor y sella su condición de Hermano es el que es recibido por Dios como Hijo, es resucitado y exaltado.

Dios resucita a Jesús porque con su vida que culmina en su pasión ha revelado su verdadero rostro: lo ha revelado como Padre; a través de su fraternidad, lo ha revelado como Padre nuestro también. Eso es lo que dice Pablo en esa expresión paradójica de que nos ha preferido a su Hijo Jesús, que en definitiva equivale a que en Jesús nos ha demostrado un amor absoluto e incontrastable (Rm 8,32.39).

Así pues, al hermanarse Jesús con nosotros al punto de preferir nuestra salvación a su vida, hasta el punto de no sólo vivir sino también morir por nosotros, él nos hace hijos de Dios. Dios, al resucitar a Jesús, no sólo resucita su fidelidad filial sino su solidaridad fraterna. Y así se revela en él y por él como Padre nuestro.

Relacionarnos con nuestro Padre Dios es fundarnos en Él: la fe

La consecuencia de este acontecimiento de Dios a través de Jesús es el acceso absoluto que tenemos a Dios por medio de él. Después que Dios nos ha demostrado ese amor suyo tan excesivo, el único pecado irredimible es no creer en su amor. Por eso quien abre su corazón a esta entrega que Dios hace de sí mismo, se relaciona con él como un hijo. Esto quiere decir que apoya su vida en ese amor, que funda su vida en él con toda confianza, que considera a Dios como su consistencia, como su principio y fundamento, una roca firme en la que apoyarse y basarse, una presencia que permanece fiel pase lo que pase. Esta actitud que nos define como hijos de Dios es la fe.

“Si ustedes no se fundan en mí, carecerán de firmeza” (Is 7,9) y no subsistirán como pueblo, dice Dios a Israel por medio de su profeta. Y la señal que le da de que pueden apoyarse en él es que un niño que va a nacer va a ser “Dios-con-nosotros” (Is 7,14). Este niño será en ese momento Ezequías, el hijo del rey. Antes que deje de ser niño, habrá desaparecido la amenaza de los reyes de Siria e Israel. Y realmente que Ezequías, ungido rey, fue para Israel “Dios-con-nosotros”, un signo creíble de la fidelidad de Dios a Israel y de la fidelidad de Israel a Dios, un signo vivo de esa alianza.

Para nosotros los cristianos Jesús es el “Dios-con-nosotros” pleno y definitivo, y a la vez el sí total de la humanidad a Dios. Él es así no un signo sino la alianza personificada de Dios con nosotros y de nosotros con Dios. Lo es al definirse como Hijo-Hermano. Por él sabemos que podemos apoyarnos en Dios. Él es el pionero y consumidor de la fe y el sacramento de nuestra fe. Gracias a él podemos apoyarnos en Dios de un modo absoluto: Por el amor que nos ha demostrado sabemos que es un Dios digno de fe. Pero también tal como nos ha demostrado su amor (en la debilidad de la cruz), no nos dispensa de la fe: seguimos sintiendo nuestra debilidad y el peso del mal que nos abate. Por eso tenemos que creer, aunque es de noche. Si creemos así, el Padre de Jesús es de hecho para nosotros nuestro Padre y su Dios es nuestro Dios.

III EL PADRE QUIERE QUE OBREMOS COMO ÉL: QUE SEAMOS HUMANOS COMO JESUS. PARA HABILITARNOS NOS DA SU ESPIRITU

La humanidad de Jesús revela al Padre

Pero Jesús nos ha enseñado que quien vive de fe se dedica a las cosas de

su Padre” (Lc 2,49). Fundarse en Dios libera para la misión. Pero la misión no es otra cosa que “hacer las obras de Dios” (Jn 9,3-4). Jesús hace lo que le ve hacer al Padre (Jn 5,19-21). ¿Y qué le ve Jesús hacer al Padre? Dar vida. Dar vida misericordiosamente, dar vida como don. La vida de Jesús es así revelación del Padre. Quien es capaz de conocer a Jesús por dentro, quien se abre a la congruencia de su vida, “ha visto al Padre” (Jn 14,9).

¿Qué de la vida de Jesús revela al Padre? No algo excepcional que se saliera de sus moldes, de sus cauces, de su lógica sino precisamente su lógica, su mentalidad, su sentir profundo, sus actitudes básicas, sus palabras y obras, en suma su peculiar humanidad, su modo personalísimo de ser humano. Jesús no nos revela al Padre a pesar del velo de su humanidad sino precisamente en ella, que es así símbolo, sacramento, rostro del Padre. Jesús nos revela a Dios como Padre por su amor misericordioso y fiel, por su verdad de cuerpo entero, por su gracia insondable (Jn 1,17). Pero esa entrega misericordiosa se realiza en la debilidad de nuestra misma carne y más concretamente en las pruebas y sufrimientos (Hbr 2,11-18;4,15-16).

Jesús nos revela con su vida al Padre porque vive su humanidad con una plenitud tan desbordante que sólo es posible para un Hijo de Dios. Ahora bien, insistimos en que esa plenitud no consiste en hazañas bélicas o descubrimientos técnicos portentosos o en una inigualable capacidad de organización política o en una erudición pasmosa o en el acopio de riquezas inagotables. Esa plenitud se desarrolló en los cauces cotidianos y estrechos de la gente popular de una oscura región de campesinos en la periferia de un imperio. De tal manera que ninguna persona de las tenidas por importantes, de los vencedores que hacen y escriben la historia oficial, se percató de su existencia, que sólo conocemos a través de sus oscuros discípulos. Ése es el más hermoso de los hijos de los hombres, así se manifestó la Vida (1 Jn 1,2), la vida divina como vida humana. Lo insólito es que esta existencia humana más allá de todo parangón no se ajustó a los paradigmas de excelencia de su época, que son los mismos que rigen en la nuestra. Y por eso no lo conocieron, no lo recibieron (Jn 1,10-11). Pero a los que lo recibieron, a los que reconocieron su humanidad y caminaron en pos de él les hizo capaces de ser hijos de Dios (Jn 1,12).

El Padre es nuestro paradigma

En las contraposiciones del Sermón del Monte se nos presenta de un modo paradigmático la peculiar humanidad de Jesús como ley de la nueva alianza,

como camino para ser hijos del Padre del cielo (Mt 5,17-48). Una completa honradez, una pertenencia absoluta a la verdad, un corazón limpio y unificado, un hermanamiento con los demás que no sólo no hace ningún mal a nadie y perdona las ofensas sino que vence al mal a fuerza de bien. Así fue Jesús y así nos propone él que seamos. Obrar así es obrar como el Padre. Eso es lo que nos trasmite con su vida y con sus palabras el que está con el Padre y habla y obra como le ve a él.

Para Jesús el Padre es nuestro paradigma: sean enteramente buenos, sean misericordiosos, como lo es su Padre del cielo (Mt 5,48; Lc 6,36), “amen a sus enemigos y oren por los que los persiguen para que sean hijos de su Padre del cielo que hace salir su sol sobre buenos y malos y envía su lluvia sobre justos e injustos” (Mt 5,44-45). El Padre del cielo se relaciona con cada uno de los seres humanos de un modo absolutamente personalizado y gratuito. Da sus dones a los buenos, no como retribución sino por la alegría de verlos así; entabla con ellos una reciprocidad de dones en la que él comienza dando y nunca se deja vencer en generosidad. A los injustos también les da porque los ama con un amor a la vez adolorido y lleno de esperanza. Les da porque los quiere y para que experimenten que es posible vivir de otro modo y que hay más alegría en el dar que en recibir y porque quiere vencer el mal a fuerza de bien.

Un hijo hace lo que le ve hacer a su padre; es su padre es que lo va moldeando, tanto en el carácter y la experiencia de la vida como en el trabajo. Pues también nuestro Padre del cielo nos alecciona constantemente sobre cómo comportarnos. Pero sobre todo es Jesús el que, al ser el Hijo por antonomasia, nos revela de un modo cabal lo que es hacer como el Padre del cielo, lo que es vivir como verdaderos hijos suyos.

Este es el misterio: Los seres humanos habíamos imaginado a Dios por contraposición superadora de todo lo humano y le habíamos buscado en lo separado de la humanidad. De ahí nacieron los templos como lugares donde habitaba Dios y que por eso estaban vedados a los seres humanos. Por eso, tantas ceremonias, que tenían de común que lo ofrecido a Dios era separado del ámbito humano. Por eso también fueron separados unos seres humanos de sus semejantes para dedicarlos al culto divino. Lo divino era así lo Totalmente Otro. Y sin embargo en Jesús se nos revela que hacer como nuestro Padre del cielo es obrar de un modo plenamente humano, pero tan humano como sólo hijos de Dios pueden serlo. Así pues, en Jesús se nos revela que Dios es el paradigma de humanidad. Que lo inasequible de Dios es el grado absoluto de

humanidad que nos propone. Lo trascendente de Dios es lo trascendente de la humanidad: el ser humano supera absolutamente al ser humano.

Ser plenamente humanos (ser hijos del Padre) es seguir a Jesús

Con esto no estamos diciendo que Dios sea el Hombre. Estamos tan sólo aludiendo a esa caracterización bíblica tan elemental: que él nos creó a su imagen y semejanza. Lo que los discípulos de Jesús llegaron a comprender meditando en por qué su vida fue la revelación del Padre es que propiamente hemos sido creados a imagen de su Imagen. Jesús era la imagen adecuada de Dios (Hbr 1,2-3; Col 1,15-20). Por eso, si Dios es el paradigma de la humanidad, lo es sobre todo a través de Jesús. Ser humanos es ser como Jesús. Es ser hijos del Padre del cielo y hermanos de todos los seres humanos desde el privilegio de los necesitados. Y correspondientemente ser hijos y hermanos así es ser propia y cabalmente humanos.

Este es el misterio preanunciado ya en el Deuteronomio. Allí se dice que la ley que Dios prescribe no es algo arcano, la señal del reconocimiento del señorío del Totalmente Otro, sino que esos preceptos son “su sabiduría e inteligencia a los ojos de los pueblos” (4,6), ellos son los cauces de la vida humana y por eso guardarlos es tener la vida y desviarse de ellos es elegir la muerte (30,15-20). “Porque estos mandamientos que yo te prescribo hoy no son superiores a tus fuerzas, no están fuera de tu alcance. No están en el cielo, para que tengas que decir: “¿Quién subirá por nosotros al cielo a buscarlos para que los oigamos y los pongamos en práctica?” Ni están al otro lado del mar para que tengas que decir: “¿Quién irá por nosotros al otro lado del mar a buscarlos para que los oigamos y los pongamos en práctica?” Sino que la Palabra está bien cerca de ti, está en tu boca y en tu corazón para que la pongas en práctica” (30,11-14).

En este mismo sentido al dignatario que pregunta a Jesús qué debe hacer para heredar la vida, él le responde que cumpla los mandamientos (Mc 10,17-21), porque también para Jesús ellos no son un peaje que tenemos que pagar a Dios sino la revelación que él misericordiosamente nos hace de las estructuras de la vida humana. ¿Y por qué cumplirlos glorifica a Dios? Porque él es el paradigma de esa vida. Eso es lo que significa en verdad “sean santos porque yo (o como yo) soy santo” (Lv 19,2). La santidad no es en el conjunto de la revelación bíblica que culmina en Jesús separación sino densidad del ser, consistencia, prestancia, peso de vida que se entrega como don. Por eso el Santo, Santo, Santo, es decir el único que tiene verdadero peso, llena los cielos

y la tierra de su gloria, los hace tan consistentes que relucen con su misma prestancia (Is 6,3). Pero en el pasaje de Marcos que comentamos Jesús le dice que la plenitud de esos cauces de vida que Dios revela, autorrevelándose, está en el seguimiento de él, que es la plena revelación del Padre y por tanto la más genuina humanidad. No se entiende la propuesta cristiana si no se comprende la relación entre el dinamismo de la Ley y el seguimiento de Jesús. Mateo lo expresa cuando pone en boca de Jesús que él no ha venido a abolir la ley sino a darle cumplimiento (Mt 5,17). La revelación de los cauces de humanidad tiene una progresividad que culmina en Jesús. Por eso a continuación de esta frase vienen las contraposiciones entre la ley de Moisés y lo que él propone. Que debe ser entendido como su radicalización (hasta la más honda genuinidad humana) y universalización (sin las restricciones de una cultura particular), que son, como hemos venido insistiendo su trascendentalización (el paradigma es el Padre del cielo).

El Espíritu nos capacita

Es hermoso comprender que vivir como hijos del Padre del cielo no consiste en nada extravagante sino en vivir plenamente humanos, pero de tal modo que el paradigma de humanidad no sea ninguna cultura particular sino él mismo, revelado plenamente en la humanidad de Jesús. Pero también hemos insistido en que el ser humano supera infinitamente al ser humano. Ser humanos de ese modo es hermosísimo, sumamente deseable; pero no está a nuestro alcance. Entonces ¿cómo somos llamados a lo que no podemos llegar a ser?

No podemos llegar a esa humanidad cabal desde nuestra propias fuerzas. Pero sí podemos llegar desde nosotros, porque nuestro Padre y su Hijo han derramado en nuestros corazones al Espíritu de ambos que nos habilita para ello.

El Espíritu es el don de Jesús resucitado a toda la humanidad. El nos impulsa a cada uno de un modo personalizado desde más adentro que lo íntimo nuestro. Obedecer a este impulso que pone a vibrar nuestras energías más elementales y nuestros deseos más profundos es vivir en la autenticidad, es decir realizarnos como seres humanos cabales. Esto está, pues, al alcance de todos. Los ateos no sabrán que es el Espíritu de Dios; los no cristianos no podrán reconocerlo como el Espíritu del Hijo; pero lo decisivo es que obedezcan a su impulso. Quienes han recibido el Evangelio lo saben y tienen

en los evangelios el criterio para discernir si realmente lo siguen a él o a otros impulsos propios o de la época.

Ese impulso del Espíritu es el que lleva a vivir como hijos del Padre y como hermanos de todos los seres humanos. Por él podemos decir con toda verdad como Jesús y con él “Abba, Padre”; por él podemos llamar hermanos y hermanas con la boca llena a cada uno de los seres humanos. Por él significa, obedeciéndolo a él, siguiendo su impulso, es decir comportándonos como auténticos seres humanos, como Jesús.

Sin embargo quien confunde a este Padre con el Patriarca de los patriarcas, no vive humanamente. Este es el daño de la idolatría: deshumaniza y siembra muerte. Por eso es imprescindible el deslinde.